

UC Berkeley

Lucero

Title

Deshebrando la esperanza

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/2cs06958>

Journal

Lucero, 13(1)

ISSN

1098-2892

Author

Cisneros, Julio

Publication Date

2002

Copyright Information

Copyright 2002 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at

<https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

DESHEBRANDO LA ESPERANZA

Julio Cisneros / México

- ¿Porqué venimos todos? Si lo quiere saber de forma oficial se lo diré así, Karina Esquivel vino a los Estados Unidos por diez mil dólares que ayudarían a construir la casa de su viuda madre que vive fuera de la ciudad de Delicias, Chihuahua. Juntar diez mil dólares es una cantidad que para algunos suele tomar unos años, para otros meses, días y para muchos toda una vida, una esperanza entera.
- Pues le diré, Karen Esquivel ya regresó a México y sin dinero, ella se quemó la espalda y gran parte del cuello al recibir el contenido de una charola que salía hirviendo de un horno de restaurante y que accidentalmente resbaló de las manos de otra cocinera. Será tradición o mera coincidencia pero el médico de la compañía restaurantera le aseguró que no se trataba de nada grave y tras darle unas pastillitas y una pomada, indicó que en un par de días podría regresar a trabajar con vejigas y todo.
- Claro que no lo diría de esa forma, pero usted sabe que acá lo que vale es el papel y ese se lo decía así. Sepa usted que me dio pesar mirarla así de dolida y pensé en su rápido diagnóstico, que suerte de médico el saber que el ardor que se carga por dentro no se expulse en forma de llamaradas como pintan a los dragones, de ser así seguramente lo hubiese calcinado con sus llamas hasta reducirlo a estiércol.
- Pero no me juzgue mal sabe, tal vez el médico no tiene toda la culpa, estoy seguro que hubiese soltado las riendas de la indiferencia si el mismo hubiese visto a esa mujer días después con la espalda convertida en pieza abstracta, decorada de rojas inflamaciones y vejigas por doquier que se extendían por esa espalda como peste de fin del mundo. Esto mencionado lo atestiguo porque yo mismo la miré cuando pasó por esta maqueta indagando sobre la botica esa del barrio donde se vende medicina mexicana para el dolor (medicamentos que usted sabe se venden ilegalmente).
- Huí, imagínese nada más amigo, hasta siento que si la defensa se enterara de esto en una sala de corte, seguramente lo usarían como evidencia en su contra atribuyendo lo ingerido ahí como razón de su mal. La gente no sabe que las farmacias clandestinas han detenido a funerarias de hospedar a tanto cliente inmigrante de este lado del mundo. Claro que ella no irá a corte, ni siquiera sabe de esas cosas.

- ¿No cree que cuesta una lágrima pensar que esa piel no volverá a resbalar finamente los dedos de su amado como antes? Dígame y a quien culpar realmente por su desgracia o pedir que renueve su piel, si los dueños de la compañía no quieren saber más del caso, mejor optaron por despedirla. Ella piensa que a lo mejor si ya dominara el inglés se hubiera podido defender mejor y al menos le hubiesen brindado mejor atención que esos calmantes y la inservible pomadita. Ella está segura que así hubiera pasado. Me dijo que su amiga le comentó haber visto a gringos que de menores accidentes habían armado gran circo, consiguiendo descansos pagados y harto dinero mientras se rehabilitaban.
- ¡Sí! debe ser difícil estar en su piel, Karina Esquivel sólo quería tiempo para cumplir su promesa y llevarse ese dinerito, por ahora seguirá llorando y sintiendo la costra de su cuerpo arder como comal al fuego, además a ella no le creerán que fue accidente, no habla inglés, acaba de llegar del sur, y su presencia aquí es tan mínima que todos pronto olvidarán que por aquí pasó. Por venir a ahorrar unos billetes, ahora se regresa peor que como vino, con una marca sobre su piel y otra sobre su alma,
- Gratos *souvenirs* de su estancia en la unión americana.
- Así es amigo, gratos *souvenirs* se gana uno aquí, y si no me creyera suficiente sería mirar el dolor añejo que arrastra su mirada, esa retajila de penas que rara vez se ahuyentan cuando sonrío. Esto sentí de ella esa única vez que la miré.
- No sé si me entienda pero yo a veces cruzo la frontera y observo como decoran cientos de cruces blancas los muros de metal que dividen nuestras tierras. Cruces y más cruces, todas blancas de madera, con un nombre y una fecha nada más. Tantas cruces que hasta a veces siento que entre todas ellas puede resultar la mía en una de esas, o alguna de un familiar de esta tal Karina Esquivel. Sabe, es ahí donde pienso que salir con el lomo lleno de escamas es aún más ventajoso que añadirse al número de cruces que decoran nuestra frontera. Está de deshebrar ese mero significado de la llamada esperanza, ¿no cree?
- Sí, ¡realmente está cabrón!
- Pues que le vaya bien amigo, como le digo, usted toca en esa casa del portón verde y pregunta por Lucatero, ese señor es el sobador que le recomendaron, ahí mero vive.

El hombre del bastón secó de su frente el calor de mayo y echándose el pañuelo a la bolsa del pantalón siguió su camino.

